

# LA MEDITACION SOBRE LA ESENCIA DE X. ZUBIRI

por MARCELINO LEGIDO

La meditación metafísica tiene rigurosas exigencias para el que quiere acercarse a ella. Brota de la inteligencia personal. Está hecha desde la luz del espíritu, que alcanza la hondura de la realidad. Por esto exige, al que se pone en contacto con ella, una correspondiente meditación. Sólo pensando en la misma dimensión, la reflexión metafísica se hace accesible al diálogo. Pero por otra parte, esta investigación radical de la realidad ha nacido de una decisión y de una actitud personal. Así se explica su lenguaje, propio y común, a la vez, temporal y perenne. Esta situación histórica de la meditación exige al que la quiere escuchar una adaptación previa. Sólo cuando salimos de nosotros y nos situamos en el punto de vista del otro, se nos esclarecen sus palabras. El diálogo con la obra de Zubiri, que es una verdadera meditación sobre la esencia <sup>1</sup>, nos obliga, primero, a acompañarle en su punto de partida y en el desarrollo de su pensamiento, para poder, después, dialogar con él.

## 1. ENCUADRAMIENTO

Zubiri se encuentra insertado en el pensamiento actual. Con ello queremos decir que está más acá del pensamiento moderno, que va desde Descartes a Hegel. En esta gran etapa de la filosofía, terminada ya en buena parte, el hombre quiso afirmarse en su subjetividad, como fundamento inconcuso y, desde ella, entender primero y rehacer después toda la realidad. Los resultados del pensamiento moderno llegaron más allá de lo que sus propósitos pretendían. El idealismo clausuró al hombre den-

---

1. X. ZUBIRI, *Sobre la esencia*, Madrid, Soc. de Estudios y Publicaciones, 1962. = *SE. «Salmanticensis»*, 10 (1963).

tro de sí, desligándole de su apertura franca al mundo. Y cuando se intentó proyectar el mundo, desde el poder del sujeto, entonces el hombre se había convertido en un momento del espíritu absoluto y había dejado de ser él. Así, al ultimarse la modernidad, el hombre perdió su auténtico ser y, con ello, su verdadera religación a Dios y al mundo <sup>2</sup>.

La nueva etapa del pensamiento, iniciada a comienzos de nuestro siglo, empezó, como empiezan todas, por una entrada del hombre en sí y por un redescubrimiento de la inteligencia. Husserl volvió a reparar en su intencionalidad, en la tensión constitutiva que la lanza a las cosas y que le permite, dejando entre paréntesis sus rasgos accidentales, penetrar en su entraña esencial <sup>3</sup>. En este preciso momento empezaba a ser posible la metafísica. El testimonio más palpable de ello es la actitud de Heidegger, nacida al contacto con la fenomenología de su maestro. Heidegger, desde *Ser y Tiempo*, está «en camino» hacia el ser. Toda su empresa quiere ser un desvelamiento del fundamento último que sostiene las cosas y alumbrar la existencia humana <sup>4</sup>. El encuentro de Zubiri con el pensamiento actual hay que situarlo aquí y en la reflexión filosófica de Ortega. Sea grande o pequeña la huella orteguiana que hoy descubramos en sus obras, lo cierto es que, según él mismo ha confesado, nutrió en Ortega «su afán de filosofía» y recibió su «irradiación intelectual» <sup>5</sup>. Las preguntas por la «realidad radical» de la vida humana, las esencias y el ser eran estímulos para la dedicación a la metafísica.

Pero este encuentro se realizaba desde algo que Zubiri llevaba inseparablemente consigo. El ha podido decir que «los griegos somos nosotros» <sup>6</sup>,

2. X. ZUBIRI, «Nuestra situación intelectual», en *Naturaleza, Historia, Dios*. = *NHD*. (Madrid, 1959<sup>a</sup>), 19-41.

3. Brentano, arraigado en el pensamiento tradicional, ha actualizado de nuevo la referencia objetiva de apertura del espíritu a la realidad. Husserl continuó por este camino, pero desde las *Logische Untersuchungen* (1900) hasta sus *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie* (1913), ha ido avanzando en su *epoché*, hasta llegar a poner entre paréntesis la realidad objetiva y recluírse en la «esfera de la conciencia pura», donde acabó encontrando la zona más luminosa del conocer. Sus discípulos, en general, no le han acompañado hasta aquí, sino que, partiendo de su primera fenomenología, han intentado explorar las regiones del valor y del ser. Para todo este problema, cf. CRUZ HERNANDEZ, *La doctrina de la intencionalidad en la Fenomenología* (Salamanca, 1958).

4. «Die Herausstellung der Seinsverfassung des Daseins bleibt aber gleichwohl nur ein Weg. Das Ziel ist die Ausarbeitung der Seinsfrage überhaupt» (*Sein und Zeit*, Tübingen, 1957<sup>a</sup>, 436). «Für uns ist die Sache des Denkens... das Sein hinsichtlich seiner Differenz zum Seienden» (*Identität und Differenz*, Pfullingen, 1957, 43).

5. X. ZUBIRI, *Ortega, maestro de filosofía*, en «El Sol», 8-III-1936.

6. «Es menester... acercarnos a la filosofía griega, para ver en ella las posibilidades primeras de filosofía, que constituyen, sabiéndolo o sin saberlo, la base primaria sobre la que se hallan abiertas y asentadas nuestras primeras posibilidades filosóficas. No es que los griegos sean nuestros clásicos: es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros» (ZUBIRI, «El acontecer humano: Grecia y la pervivencia del pasado filosófico», en *NHD*, 285. Este capítulo es uno de los documentos principales para conocer la ascendencia filosófica de Zubiri.

porque ha sentido, tal vez como pocos hombres de hoy, alentar vivo en él el pensamiento de los griegos y de los cristianos medievales. El pasado en él no ha sido mero recuerdo, ni se ha desrealizado por completo. Pervive en los horizontes y posibilidades que le ha abierto. A este diálogo largo y penetrante con Aristóteles y la Escolástica se debe, de modo primario, junto con el estímulo del pensamiento actual, la vocación de Zubiri por la reflexión metafísica. Tendremos ocasión de comprobar cómo es aquí, en el campo del pensamiento aristotélico y escolástico, donde está enraizado el libro *Sobre la esencia*. Pero ahora importa también subrayar que de él ha tomado Zubiri su punto de partida.

Con Aristóteles, la filosofía griega acaba de convertirse de «visión sapiencial» en «inteligencia racional». Ya no será evocar el ser, como en Parménides, ni escuchar el Logos, como en Heráclito, sino investigar la realidad, su constitución y sus principios últimos. Es «ciencia», hecha por el hombre como «animal racional». También Zubiri ha querido tomar este punto de partida y, frente al «pensar» de Heidegger que es muchas veces evocación y canto del hombre que guarda el ser, Zubiri se ha situado en la «inteligencia sentiente» para conquistar, palmo a palmo, la estructura de lo real. Desde ella, está abocado a la realidad y, en concreto, a la *esencia real*, que es el objeto propio, el horizonte inmediato del espíritu encarnado <sup>7</sup>.

Estamos encuadrando el libro de Zubiri e intentando alcanzar la actitud y el propósito de donde arranca. Y no puede faltar en este momento una referencia a su vocación y preparación científicas. Los tiempos actuales han traído consigo un profundo giro en el campo de la ciencia, sobre todo en el de la física y la biología, que a Zubiri le interesan más de cerca. Por los años en que su pensamiento empieza a madurar se siente la necesidad de hacerse cargo de los nuevos hechos científicos, de penetrarlos conceptualmente y de articularlos en una visión total de la realidad. Zubiri ha sentido también aquí hondamente el problema de nuestro tiempo. Sobre todo, porque en su propósito metafísico, la ciencia no le era ajena, sino propia <sup>8</sup>. Frente al positivismo renacido, que se satisface sólo con la respuesta de la faz externa y sensible de las cosas, y frente a la cosmología tradicional, desgajada desde siglos de la investigación empírica de la naturaleza, piensa Zubiri que lo físico y lo metafísico están en estre-

---

7. Zubiri entiende la filosofía en Aristóteles como la sabiduría que «hunde sus miradas en la raíz misma... de estos principios (los últimos) y desde ellos asiste a su constitución y expansión en las cosas». Cf. «Sócrates y la sabiduría griega», en *NHD*, 205. Aquí aprendió él sobre todo la esencia y el método de la filosofía. Al lado de D. Juan Zaragüeta y en la renacida Lovaina, Zubiri dialoga fecundamente con el pensamiento escolástico, J. ZARAGÜETA, *Zubiri, discípulo*, en *Homenaje a X. Zubiri* (Madrid, 1953), 271-275.

8. Cf. F. GRANDE COVIAN, *Zubiri y la biología teórica*, en *Homenaje*, 91-101.

cha cercanía, íntimamente compenetrados. El trasfondo de la realidad se despliega en los hechos observables por la ciencia y, desde éstos se puede alcanzar aquél de alguna manera. Ahí está su valoración de la nueva física en *Naturaleza, Historia, Dios*, y su tratamiento de los problemas biológicos en el curso 1950-51. Contar con el conocimiento científico de Zubiri a la hora de ponernos en contacto con su libro *Sobre la esencia*, es nada menos que situarnos en su camino, en el que se encuentran hermanados el saber científico y la reflexión filosófica <sup>9</sup>.

Todavía no hemos alcanzado el último reducto, de donde ha brotado esta profunda meditación sobre la esencia. La historia humana no es, como Zubiri ha visto muy bien, una mera actualización de posibilidades latentes en una situación. La historia se hace desde la libertad <sup>10</sup>. Por ello todos los influjos sobre su pensamiento han sido sólo recursos, instancias en las que él ha puesto su proyecto personal, su decisión metafísica. Tal vez íntimamente unido a ella esté su búsqueda y mantenida soledad. Ha logrado entrar dentro de sí para que resuenen en él las cuestiones acerca del ser, del mundo, de la verdad. «Enclavados —ha dicho en cierta ocasión— en esta nueva soledad sonora, nos hallamos situados allende todo cuanto hay, en una especie de situación trans-real: es una situación estrictamente trans-física, metafísica. Su fórmula intelectual es justamente el problema de la filosofía contemporánea».

## 2. PUNTO DE PARTIDA

La perspectiva histórica, trazada con agudeza en la introducción de su libro, sitúa a Zubiri ante el mismo problema que tuvo planteado Aristóteles: «la implicación entre la estructura radical de la realidad y la índole de su esencia» <sup>11</sup>. Tiene también el propósito de acometerle con semejante radicalidad. Para ello delimita y centra el problema. Tres preguntas sirven para encuadrarla. Se trata, en primer lugar, de buscar la esencia como momento de las cosas reales; en segundo lugar, de considerar este momento en sí mismo, y, por fin, ver cómo estructura físicamente la cosa real. Perfilado el proyecto, Zubiri busca una determinación provisional del concepto de esencia. La esencia se aparece, en un primer momento, como la unidad de notas propias, necesitadas para constituir la mismidad de una cosa. «La esencia es, pues, unidad primaria, necesitante» <sup>12</sup>. Para una mayor profundización, Zubiri empieza a dialogar

---

9. J. MARIAS, *La situación de X. Zubiri*, en *Homenaje*, 174-5.

10. *NHD*, 294 ss.

11. *NHD*, 41.

12. *SE*, 18.

con los grandes pensadores que han reflexionado sobre este punto. La historia afecta más al presente que al pasado y el estar en vivo contacto con la historia de la filosofía, que es filosofía en acción, es necesidad ineludible para el pensador <sup>13</sup>.

Pensar es dialogar. Zubiri, ciertamente, selecciona sus compañeros de diálogo, porque más que escucharlos quiere exponerles su planteamiento y consultar con ellos. En primer lugar Husserl. Husserl ha buscado la esencia desde la «conciencia intencional» y no la ha encontrado en la realidad cambiante e individual de las cosas, sino en sus esencias, hacia las que aquéllas tienden como hacia una *polaridad ideal*. Después Hegel, para el cual la realidad está *re-producida* por el pensamiento y es una consecuencia de los procesos de éste. La esencia entonces queda referida al yo y es la realización «de» un concepto, entendido el «de», como un genitivo de generación. Retrocediendo más en el pasado, se encuentra Zubiri con el racionalismo. Ciertamente éste no llegó al extremo de Hegel, pero vio la esencia desde la idea, desde el concepto objetivo, donde la cosa está *re-presentada*, sin abrirse de lleno a su realidad. Incluso el mismo Aristóteles se acerca a las cosas por la vía de la definición, viéndolas como *correlato* de ésta. Ello ha motivado que entendiera la estructura de la realidad desde el sujeto de la predicación y que aquélla se le apareciera como sustrato, sub-stancia <sup>14</sup>. Zubiri, en su afán de realidad, quiere abrirse de par en par a las cosas, descubrir en ellas su «esencia física», como momento de su realidad, que les está presente constituyéndolas, «siéndolas». Por eso, dialoga, critica, se enfrenta con los otros pensadores, no para «refutarles», sino para aproximarse coloquialmente a una concepción más rigurosa de la esencia.

En este largo coloquio, Zubiri ha sabido elegir sus compañeros e incluso las palabras de éstos para llegar dialécticamente a su riguroso propósito. Esto ha hecho quizá que su revisión de las «concepciones clásicas» de la esencia haya sido parcial. En primer lugar, Platón, el gran pensador de la esencia está ausente del diálogo. Para él, el εἶδος trascendía las cosas sensibles, pero estaba también presente en ellas constituyéndolas. Ya desde los primeros diálogos se habla de παρουσία, μέθεσις y κοινωνία de la «esencia» en las cosas. Por ella, las cosas sensibles son lo que son <sup>15</sup>. En segundo lugar, el pensamiento de Aristóteles, siguiendo una trayectoria platónica más de lo que a simple vista parece, ha transformado el εἶδος en μορφή y ha hecho a ésta principio interior constituyente de las

13. *NHD*, 207-8.

14. *SE*, 23-94.

15. Para todo este problema, el estudio de D. Ross, *Plato's Theory of Ideas* (Oxford, 1951), 228-230.

cosas. Es verdad que Aristóteles ha visto en buena parte la esencia desde la definición, pero esta consideración lógica (λογικῶς) no es la única. Zubiri lo ha señalado, pero ha insistido demasiado en el aspecto lógico, sin destacar suficientemente la función constituyente y dinámica de la esencia. La μορφή llamada también οὐσία en varios pasajes, es un ἐνύπαρχον αἴτιον, que da a las cosas su τὸδε τι y su κίνησις<sup>16</sup>. La esencia es, entonces, «el principio estructural de la cosa concreta»<sup>17</sup>.

Por su parte, el pensamiento escolástico implica también una importante novedad en el concepto de esencia. Se ha descubierto un nuevo principio constitutivo, el ser, y éste ha exigido una nueva matización en ella. En Aristóteles, estaba vista en su función constituyente y especificante de lo real. Ahora se descubre su nueva perspectiva de cara al ser. La esencia es «capacidad participante» que tiene y limita el ser<sup>18</sup>. Y de aquí nacerá la consideración tomista de la realidad en dos zonas: la del «tener ser» y la del «ser ser».

Prescindiendo de estos aspectos, que han estado alentando en su pensamiento, aunque no hayan sido suficientemente destacados, Zubiri muestra en este diálogo con el pasado su singular penetración en el pensamiento de los otros, hasta hacerlo diáfano y desplegarlo ante nosotros como recién concebido y estructurado.

### 3. LA SUSTANTIVIDAD

El propósito de Zubiri es descubrir la estructura y condición metafísica de las realidades del mundo en cuanto tal, hacer una «metafísica mundana». Su punto de partida es, como decíamos, la inteligencia sentiente que instala al hombre en la realidad. Aquí aparece ya su concepción de la realidad, que es «todo y sólo aquello que actúa sobre las demás cosas o sobre sí mismo en virtud formalmente de las notas que posee»<sup>19</sup>. En ello se apunta también un nuevo concepto de naturaleza. Se trata de una «cosa», frente a la concepción de la naturaleza como «ley» en el pensamiento moderno; pero no de una cosa natural originada por un princi-

16. Cf. *Met.* 1070b 18; 1017b 20-25; 1042a 29; 1049a 35; 1070a 11, 13-15; 1015a 3-19; 1041a 27-33; 1041b 6-9.

17. D. Ross, *Aristóteles* (Buenos Aires, 1957), 247-8.

18. «Esse earum (substantiae creatae) non est absolutum, sed receptum, et ideo limitatum et finitum ad capacitatem naturae recipientis» (*De ente et essentia*, 6). «Esse eius... limitatur ad naturam aliquam cui advenit» (S. TH. I, q. 50 ad 4). «Esse autem participatum finitur ad capacitatem participantis» (S. TH., I, q. 75 ad 4). Cf. E. GILSON, *L'être et l'essence* (Paris, 1948), 78-120; E. CORETH, *Metaphysik* (München, 1961), 234-244.

19. *SE*, 104.

pio, sino como algo que actúa formalmente por las propiedades que posee, sea cual fuere su origen <sup>20</sup>.

El hombre, por su inteligencia, está abierto a esta realidad y la conoce actualizándola. Por eso, la verdad brota de la realidad antes que del conocimiento. Más que una adecuación, es una afirmación, una actualización de aquella en éste. Es un acto de la cosa en la inteligencia; una ratificación de la realidad por parte de la cosa misma. «La verdad consiste en ser en y por sí misma reduplicativa y formalmente lo que ya se es» <sup>21</sup>. En esta actualización intelectual, la realidad se despliega ante nosotros en sus dimensiones. Sus notas la ponen al descubierto, «patentizan» su carácter «insondable», nos «aseguran» su «firmeza» y nos constatan su «efectividad». La realidad es, por tanto, intrínseca y formalmente dimensional. Zubiri se asoma a ella, no con una «visión de inhesión» de fuera a dentro, sino con una «visión de proyección» de dentro a fuera <sup>22</sup>.

Conocida la índole de la realidad, surge la pregunta por su estructura formal, por su constitución. Para Aristóteles ésta consistía en la *subjetualidad*, de modo que la forma más propia de la realidad era la *substancia*, el sustrato del que brotan todas las propiedades inherentes. Zubiri cree que esta concepción aristotélica, aparte de arrancar del carácter subjetual de la predicación, no corresponde a algunos aspectos de la realidad. Cabe una substancia insustantiva, como el azúcar disuelto en un organismo, donde se conservaría la constitución pero se habría perdido el carácter del sustrato. Los escolásticos, por su parte, han visto la razón formal de la realidad en la *perseidad* en orden a la existencia. Pero esta consideración sería extrínseca y consecutiva, ya que antes que la suficiencia en orden a existir, está la suficiencia en la propia constitución. Por ello, cree Zubiri que la estructura formal de la realidad es la sustantividad. «La suficiencia constitucional es la razón formal de la sustantividad» <sup>23</sup>. Además la sustantividad misma constituye la unidad de la cosa. No se llega a la individuación por la adición de un nuevo principio constitutivo, ni por la acumulación de notas concretas. La cosa ha llegado a ser ya una individualidad por el mero hecho de tener un sistema constitutivo clausurado <sup>24</sup>.

Sobre esta nueva concepción de la realidad como sustantividad individual, y contando con los resultados de la física y de la biología, esboza Zubiri una *cosmovisión* en distintos estratos, estrechamente vinculados entre sí, que van desde las *realidades singulares* del mundo material (par-

20. SE, 106.

21. SE, 118.

22. SE, 125-34.

23. SE, 153.

24. SE, 164-71.

ticulas elementales), a través de la *estabilización* de la materia (átomos y moléculas) y la *vitalización* de la materia estable, en la que se va perfilando la individualidad (vivos, vegetales y animales) hasta la *inteligización* de la animalidad (hombre). Resulta, entonces, que la *estabilidad*, propia de la materia inerte, la *independencia* del medio y su *control* específico, propia del animal y el *enfrentamiento con las cosas como realidades*, propio del hombre, son los tres esquemas de sustantivación de la realidad <sup>25</sup>.

Esta consideración de la realidad como sustantividad es uno de los quicios del libro de Zubiri, cuyas consecuencias se alcanzan de lleno en su tratamiento del orden trascendental. Necesitamos detenernos en ella. Sustantividad se distingue de sustancialidad y de perseidad. Con una singular agudeza metafísica, profundiza Zubiri el momento de la suficiencia constitutiva y la articula con la capacidad para existir y la subjetualidad para recibir propiedades inherentes. La sustantividad «es más que la subjetualidad y anterior a la perseidad, pues sólo lo que es suficiente en el orden constitucional tiene perseidad» <sup>26</sup>. En la última hondura de la realidad estaría el momento de la suficiencia constitutiva (*ex-se*); a ésta seguiría la capacidad de existir (*per-se*), que después podría ser sujeto de inhesión (*sub-se*). La estructura formal de la realidad se constituiría en el primer momento, al cual Zubiri adopta como fundamento de su metafísica.

Claramente se ve que el momento subjetual es secundario. En primer lugar, porque la realidad no siempre se manifiesta como «sub-stante», punto de emergencia de propiedad, sino que hay realidades muy calificadas, que se aparecen como «supra-stantes», centros de libre apropiación. Además porque, como antes sugeríamos, se puede poseer un carácter constitutivo, sin ser algo subjetual. Pero lo que presenta mayor dificultad es la preeminencia de la sustantividad sobre la perseidad. La sustancia en el pensamiento escolástico se caracteriza por ser-en-sí, por tener aptitud por sí para una existencia propia. La sustancia, por tanto, está estrechamente vinculada a la actualidad, a la existencia; es existencia-en-sí, inseidad. Zubiri no acepta esta estructura de la realidad, como primaria, porque le parece consecuente e indirecta. Con ello, no tocaríamos la última hondura de la realidad <sup>27</sup>. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, aunque la «suficiencia constitucional» se presuponga para la realidad, es la «actualidad» de esta suficiencia la que propiamente acaba de con-

---

25. *SE*, 171-3. Cf. M. CRUZ HERNANDEZ, *Lecciones de Psicología* (Madrid, 1960), 66-78.

26. *SE*, 164.

27. «Centrar la sustantividad para existir en la perseidad es eludir el problema de la sustantividad» (*SE*, 155-56).



sumar la entrada en el ámbito de la realidad. El orden a la existencia, lejos de alienar la sustantividad, la realiza verdaderamente. Es en este momento de la inseedad, donde hay que colocar la estructura formal de lo real. Con ello, frente a la concepción de Zubiri de la realidad como constitución, como estructura, nos parece más adecuada la concepción tradicional de la realidad como actualización, como existencia, como ser.

Tal vez la familiaridad con el pensamiento científico, la haya inclinado a Zubiri a su concepción de la realidad. El ha visto muy bien al estudiar la evolución del concepto de naturaleza, que fue con la ciencia nueva del renacimiento, cuando se perdió la visión de la φύσις como el fondo fontanal del que brotan los seres. Ya no importa el movimiento originario, sino la estructura observable y las leyes <sup>28</sup>. Zubiri insiste, al caracterizar la realidad y la naturaleza, en que se trata de algo que actúa formalmente por las notas que posee, sea cual fuere su origen. Parece como si el análisis científico de los rasgos y notas de las cosas hubiera sido traspuesto al plano metafísico, prescindiendo del momento de originación, inaccesible a aquel. Pero la pregunta es si no quedará inexplorado el hontanar de la realidad, el acto de ser. Tendremos ocasión de volver sobre este pensamiento central de Zubiri, al comentar la trascendentalidad de la esencia. Por ahora sólo queríamos concluir que, en nuestra opinión, la inseedad precede ontológicamente a la sustantividad, aunque temporalmente le siga. La sustancia en el sentido tradicional asume y consuma la sustantividad como un momento constitutivo.

#### 4. LA ESENCIA COMO «TALIDAD».

Ahora estamos ya en condiciones de proceder a un análisis interno de la esencia, que es el momento físico, constitutivo, individuante de la sustantividad <sup>29</sup>. Zubiri analiza la esencia intimamente y después la considera en un doble aspecto: en cuanto que hace a la cosa «tal» (talidad) y en cuanto la constituye en realidad (trascendentalidad). Examinemos el primer aspecto.

La sustantividad nos remite a la esencia, su momento estructural, y ésta ya no nos remite a nada sino que nos repliega sobre sí por su carácter último dentro de la realidad mundanal. «La ultimidad estructural del mundo es pura factualidad esencial» <sup>30</sup>. La esencia tiene, además, un *carácter entitativo individual*. En el pensamiento tradicional se ha

28. *NHD*, 231 ss.

29. *SE*, 193.

30. *SE*, 209.

visto la esencia en su función quiditativa, especificante. Resultaba de ello que la individualización se realizaba por un nuevo principio, que tenía un carácter in-esencial. Pero la individualización afecta intrínsecamente al individuo y debe ser fundada por la misma esencia. La esencia realiza entonces una doble función: primariamente constituye individualmente y secundariamente la abre a una articulación específica. La esencia, en cuanto tiene capacidad virtual o real para el grupo filético, funda la especie; y la especie es, según esto, «el grupo de notas genéticamente transmisibles y perdurables por interfecundidad»<sup>31</sup>. El carácter genético de la esencia nos lleva a otro rasgo íntimamente vinculado a él, su *contenido constitutivo inalterable*. La esencia es «ultimidad de mismidad», constituye a las cosas «en sí mismas» y, al alterarse, las cambia también. Es que el ámbito esencial es, al tiempo, τᾶξίς y γένος «Toda esencia constitutiva tiene como momento físico e intrínseco suyo el ser, además de algo constitutivo de una sustantividad, una potencialidad genético-esencial de producir otra esencia, individualmente o específicamente distinta»<sup>32</sup>. Estos caracteres de la esencia nos obligan a considerarla como *momento fundante de la sustantividad*. Esta fundación no hay que entenderla, dice Zubiri, como cimentación basal u originación intrínseca, como quiso Aristóteles, sino como suficiencia constitutiva. «La esencia es sistema por sí misma; el resto de la sustantividad es sistema *ab alio, ab essentia*»<sup>33</sup>. Este sistema constitutivo suficiente funda *necesitando* las notas constitucionales, que siguen necesariamente de él y *posibilitando* las advertencias que pertenecen al orden de la concreción.

Al entrar en el repliegue interno de la esencia podemos contemplar su estructura; cómo sus notas se apiñan en la unidad de la que forman parte y cómo ésta se despliega y actualiza en las notas en las cuales es. Con ello alcanzamos a ver el reducto de la esencia, su unidad, que les precede, no con anterioridad subjetual o genérica sino dominante. La unidad esencial es poder que se hace presente en cada una de las notas y la exige y obliga a abrazarse a todo. Es el proceso de esenciación, de una unidad que es «en» la notas y de unas notas que son «de» la unidad<sup>34</sup>. La esencia, desplegándose desde su entraña, constituye y confirma la cosa, la hace «tal». «La unidad esencial, en cuanto unidad, es una primaria unidad de talidad»<sup>35</sup>.

Este análisis interno de la esencia es, en nuestra opinión, la parte más madura del libro y uno de los más penetrantes que sobre la esencia se

31. SE, 243.

32. SE, 261.

33. SE, 267.

34. SE, 329, 334, 337.

35. SE, 360.

han hecho en el pensamiento occidental. En él Zubiri ha trascendido el pensamiento moderno. La metafísica de la modernidad o se ha construido de arriba abajo, arrancando al mundo toda autonomía y haciéndole accidente de Dios, y momento del Espíritu absoluto, o se ha construido de abajo arriba, afirmando tanto la autonomía del mundo, que Dios no era más que la superestructura alienante que segrega la sociedad, o el cadáver que hace posible la vida del superhombre. La decisión de Zubiri ha sido hacer una metafísica de la realidad mundana, valorando el momento de necesidad que hay en su contingencia. La afirmación de lo mundano en sí será el paso previo para su reafirmación en Dios, para su ultimación en él <sup>36</sup>. La pasión de Zubiri por la «realidad terrena» aparece entonces nacida de su afán metafísico de realidad, de su familiaridad con la experiencia científica y de una fina actitud cristiana ante las cosas finitas. Por eso, ha visto en la esencia una «factualidad absoluta».

De esta actitud ha nacido también su acertada consideración de lo individual. No cabe duda de que en el pensamiento tradicional ha estado gravitando siempre el problema de la individuación. Seguramente porque el ámbito adecuado del espíritu humano es lo universal, se ha sentido siempre la inclinación a hacer de ello lo propiamente constitutivo. Zubiri, siguiendo la línea suareziiana de la individuación, se decide por introducirla en el ámbito primario de la constitución, metiéndola en la esencia misma, como despliegue del sistema clausurado de sus notas. Así la esencia es primariamente constituyente, individuante. Con agudeza extraordinaria incardina aquí la función especificante, elevando a estructura metafísica la realidad de la especie biológica. Ayudado de sus profundos conocimientos biológicos, ha sabido leer en la filogénesis una «estructura, formal y última de la realidad» <sup>37</sup>. Tanta compenetración ve él entre lo físico y lo metafísico. Estrechamente unido a esta concepción del carácter entitativo individual de la esencia, está la penetrante interpretación del conocimiento del singular. Más que en el logro del género y la diferencia, una cosa se conoce por el descubrimiento progrediente de sus notas constitutivas <sup>38</sup>. El saber humano estaría afectado íntimamente por la temporalidad y la fragmentariedad. Interesante perspectiva, si se completa con la intelección definitiva y necesaria que el hombre tiene en la «zona primordial» de la realidad.

Otro gran acierto en el análisis interno de la esencia, lo constituye la articulación en ella de mismidad y evolución. Zubiri encomienda a la ciencia la investigación del hecho y el mecanismo de la evolución. «Pero

36. *SE*, 201.

37. *SE*, 276.

38. *SE*, 190, 352.

supuesto el hecho e independientemente de su explicación, la evolución es un carácter estructural estrictamente metafísico»<sup>39</sup>. Otra nueva lección en el interior de la realidad mundana, posibilitada por la experiencia científica. Hay que introducir el dinamismo dentro de la esencia. Ni la esencia inmutable de Aristóteles, que es desplazada o sustituida por el «movimiento exterior», ni el impulso amorfo del vitalismo moderno. La génesis es un proceso transformal, transformante, porque la esencia está internamente afectada por el dinamismo. ¿Pero no habrá que hacer arrancar esta dinámica de mas allá de la forma? ¿No será la realidad, en cuanto tal, el ser, donde se origina propiamente la evolución? Esto al menos podría utimar el dinamismo de las cosas mundanas.

Pon fin, el estudio de la unidad esencial es uno de los capítulos mejor elaborados y profundizados del libro. Un buen coronamiento del análisis interno de la esencia. El ha dicho que la «verdad real» consiste «en tenernos y retenernos, sumergirnos formalmente en la cosa real como tal, sin salirnos de ella»<sup>40</sup>. De esta contemplación íntima ha nacido este valioso capítulo sobre la unidad esencial.

## 5. LA ESENCIA COMO TRASCENDENTALIDAD

La cosa no sólo es «tal» cosa, sino que «es», sencillamente. Además del aspecto de su «talidad», tiene otro, el de su «realidad», que es su trascendentalidad. Veremos cual es la función de la esencia en este aspecto, pero antes debemos detenernos en describir el ámbito trascendental. Zubiri previamente expone lo que la filosofía moderna y clásica han entendido por trascendentalidad. Después se enfrenta con las concepciones de ésta como existencia y ser, a las que contrapone su concepción de realidad.

La Escolástica ha visto la realidad como «existencia», porque cree que el acto propio de enfrentarnos con ellas es el de concebir<sup>41</sup>. La realidad entonces se caracterizaría por tres rasgos: su extra-animidad, su carácter existencial y érgico. «Ninguno de estos momentos es primario, porque se apoyan en la idea de que el acto propio y formal de la inteligencia es concebir»<sup>42</sup>. Lo que constituye una cosa es el «ser-de-suyo», no el existir *extra animam*. En segundo lugar, la cosa se nos hace presente en la impresión de realidad y, por lo tanto, no como «algo existente», sino como «algo real». Por fin el carácter érgico, presupone la realidad de donde parte. Lo primario es, por tanto, la realidad.

39. SE, 256.

40. SE, 65.

41. SE, 389.

42. SE, 391.

La filosofía tradicional ha visto también el ámbito trascendental, como ser. Pero ello implica, dice Zubiri, dos afirmaciones, que no son del todo exactas. La primera es que el *esse* de la cópula se apoya en el *esse reale*; la segunda que lo primario es el *esse reale* y la realidad una determinación de éste. Ambas afirmaciones merecen revisarse. La cópula en «Pedro es blanco» no se basa en una suma de un «ser Pedro» y un «ser blanco», unidos por el «momento autcnomizado» del ser, sino que expresa una complejión de la cosa real *qua* real y no *qua* ser. En segundo lugar, ser no es un momento formal de la realidad; sino es más bien una afirmación de esta. «Aprender algo como siendo» *in re*, presupone la presentación de la cosa como realidad. Antes de inteligir la cosa como siendo, la inteligencia apreheude la cosa como algo real»<sup>43</sup>. Ser es, pues, la actualidad mundana de lo real y el orden trascendental es el «*ordo realitatis ut sic*». Zubiri insiste una vez más en que nuestra inteligencia es la «facultad de realidad»<sup>44</sup>.

La estructura del ámbito trascendental va a hacerse al hilo del pensamiento tradicional. Entendida la realidad como acabamos de ver, brota inmediatamente de ella el carácter respectivo. La respectividad en el orden de la realidad en cuanto tal es el mundo. Por eso la mundanidad es el primer trascendental<sup>45</sup>. En el ser se basan la unidad, la verdad y la bondad, por obra de la función que la esencia, en cuanto «tal», cumple en este ámbito. Necesitamos detenernos un momento en ella.

La esencia no sólo es lo que talifica lo real, sino lo que hace a la cosa real. A través de ella se implanta la cosa en la realidad, como algo «de suyo». La esencia, entonces, se identifica, con la realidad y es anterior a la dualidad esencia-existencia<sup>46</sup>. Aquí se trata más que de dos principios realmente distintos, de dos aspectos. La esencia se presenta como realidad limitada, talificante, como algo *rato*, concluso en orden al «de suyo», y como realidad *simpliciter*, realidad *ex se*. «Trátase, en efecto, de dos aspectos de la cosa real»<sup>47</sup>. Además la esencia, así entendida, tiene una función estructurante del ámbito trascendental. Desde ella se perfilan en el campo de la realidad sus propiedades trascendentales. Desde la esencia, como *intima constitución*, se perfila la unidad de lo real, la pertenencia a sí misma de la cosa individual; desde la esencia como *dimensión*, se perfila la «perfección» y la «estabilidad» y la «duración», de la realidad. Desde la esencia en su *tipicidad*, desde los tipos abiertos de

---

43. SE, 410.

44. SE, 416.

45. SE, 427-29.

46. SE, 460.

47. SE, 466.

esencias (hombre) la realidad se perfila en su verdad y en su bondad <sup>48</sup>. La esencia es así «principio de realidad» y más exactamente «principio estructural de la sustantividad» <sup>49</sup>.

En esta segunda parte del libro, Zubiri, como acabamos de ver, se hace cargo del orden trascendental, el núcleo central de la metafísica. Y en su tratamiento considera este orden como realidad, en vez de considerarlo como ser o existencia, según lo había hecho el pensamiento tradicional. Esta decisión, está, sin duda, en conexión estrecha con su punto de partida. Al exponer su pensamiento he resaltado que parte de «la impresión de realidad». Ya en el trabajo sobre «Nuestra situación intelectual», escrito en 1942, está implícita esta concepción. Analizando la función del pensamiento, asegura que el «es» es su estructura formal y objetiva. En su virtud, para el pensamiento las cosas no son impresiones; no son simplemente algo con que el pensamiento tropieza, sino que el modo de «tenerlas» es paradójicamente «colocarlas a distancia», entendiendo que «son» <sup>50</sup>. La diferencia radical entre los sentidos y el pensar es que los sentidos «tienen» impresiones y el pensar entiende que «son». Pero como pensamiento y sensibilidad están estrechamente unidas, «en toda percepción sensible, va incluido este momento del «es», por el que el hombre, aún dentro de la esfera empírica, se mueve en un mundo de cosas y no simplemente en un ámbito de impresiones» <sup>51</sup>. En una nota a estas líneas advierte que sería un error asimilar esta estructura del pensar al fenómeno del juicio, porque éste «es la expresión elaborada de la intelección del "es"».

Desde aquí ha partido la ontología de X. Zubiri. Estas consideraciones han sido desarrolladas en su concepción de la «inteligencia sentiente» y de la «impresión de realidad», que están en la base de su libro *Sobre la esencia*. Aquí aparece la sensibilidad no como el «tener» impresiones, sino como el ámbito del «estímulo». Para el animal, que posee sólo sensaciones, no hay cosas, sino estímulos. La inteligencia, por el contrario, está constituida «por la apertura a las cosas como realidad» <sup>52</sup>. Pero ocurre que en el hombre inteligir y sentir, siendo esencialmente distintos e irreducibles, constituyen, sin embargo, una unidad metafísica estructural, la inteligencia sentiente, que tiene un acto aprehensivo único, la aprehensión sentiente de lo real. «En la intelección sentiente es sentido en modo de impresión, no sólo su contenido cualitativo, sino su formalidad «rea-

---

48. *SE*, 484 ss.

49. *SE*, 517.

50. *NHD*, 33.

51. *Ibid.*

52. *SE*, 414.

lidad». A esta formalidad, en cuanto sentida en impresión, es a lo que desde hace muchísimos años he venido llamando en mis cursos 'impresión de realidad' <sup>53</sup>. Ahora bien, teniendo en cuenta que «la índole propia del modo de aprehensión es una mostración de la índole misma de las cosas» <sup>54</sup>, la hondura más íntima de estas no es el *ser*, sino la *realidad*. El orden trascendental es, pues, el orden de la realidad.

A simple vista pudiera parecer que desde *Naturaleza, Historia, Dios* hasta *Sobre la esencia* ha habido un importante cambio en el punto de partida de la metafísica de Zubiri. Allí sería el «es», el momento primario del pensar sentiente; aquí la «impresión de realidad». Sin embargo, este cambio está ya implícito entonces, al asegurar que «el juicio es la expresión elaborada de la intelección del «es». El juicio, por tanto, allí lo mismo que aquí, es un momento consecuente, secundario. Y en todo ello «no se trata, dice Zubiri, de teorías filosóficas, de una mera descripción inmediata del acto de pensar» <sup>55</sup>. Indudablemente en todas estas concepciones alienta la fenomenología <sup>56</sup> y por ello Zubiri está en una mayor cercanía a Heidegger de lo que en un primer momento se pudiera creer.

No cabe duda que el acercamiento fenomenológico a la realidad ha valorado el momento antepredicativo del conocimiento, que ya desde Aristóteles, no se había valorado mucho. Al asegurar el pensamiento tradicional, que el lugar de la verdad es el juicio, tal vez no haya concedido a la aprehensión la importante función que le corresponde en la dinámica del conocimiento. Es un mérito de la fenomenología y también de Zubiri haber acometido esta empresa. Pero, ¿invalidará ésto el alcance penetrante del juicio? ¿Tendremos que abandonar el terreno predicativo, al intentar hacer metafísica, para situarnos en el antepredicativo? Ciertamente en la impresión de realidad, nos *encontramos* con las cosas, nos ponemos en *contacto* con ellas; pero es en el juicio donde nos *hacemos cargo* de este encuentro, donde estamos en *posesión* de este contacto. Parece, pues, que en el proceso de nuestra aprehensión de las cosas, hemos de elegir como momento metafísico privilegiado, aquél, en el cual éstas se nos presentan con mayor potencia, donde las penetramos con mayor hondura. Por ello reconociendo el gran valor de la «impresión de realidad», seguramente no hay motivos para abandonar el juicio, como el lugar de la máxima apertura a las cosas y por tanto como arranque de la ontología. El orden trascendental se presenta entonces al hombre como el orden del «ser», porque el «es» es el horizonte de la inteligencia,

53. *SE*, 415.

54. *SE*, 393.

55. *NHD*, 33.

56. Cf. X. ZUBIRI, *Ensayo de una teoría fenomenológica del juicio*. Madrid, 1923.

el momento central de nuestro contacto predicativo con la realidad. El *ser*, por tanto, es anterior a la realidad; o, en otros términos, la realidad es realidad en tanto que *es* <sup>57</sup>.

El despliegue de los trascendentales lo ha entendido Zubiri desde su concepción de realidad. El primero de todos es la mundanidad. «La mundanidad es un momento o nota de la realidad de cada cosa *qua* real. No es nada estrictamente «añadido» a la realidad de cada cosa, sino que se identifica *in re* con su realidad... es su pura respectividad' en el orden de la realidad, en cuanto realidad» <sup>58</sup>. Este trascendental primero de Zubiri ofrece una fundamental dificultad. No se extiende a la realidad entera. Las propiedades trascendentales acompañan al ser o a la realidad allí donde está. Ahora bien, si hay una propiedad que consiste en respectividad, entonces no acompaña a la realidad divina, que es constitutivamente irrespectiva. Zubiri es plenamente consciente de esta dificultad y habla de una «forzosidad disyuntiva», que pertenece a la realidad, en cuanto tal, por la cual esta es forzosamente o bien respectiva (mundanal), o bien irrespectiva (extramundanal) <sup>59</sup>. Tal vez la dificultad continúe sin resolverse. Esta «disyunción», ¿justificará la mundanidad como trascendental o será más bien una señal del hecho de que la mundanidad no es una propiedad trascendental de la realidad? Incluso podríamos preguntarnos, ¿no estarán presentes en esta concepción de los trascendentales las consecuencias de la concepción tradicional, en la cual la respectividad (unidad, como división de otro; verdad como inteligibilidad; bondad, como apetibilidad) parece afectar en demasía al orden trascendental? Si así fuera, la pregunta por las propiedades trascendentales del ser estaría esperando respuestas nuevas, más radicales.

Quisiéramos también dialogar con Zubiri sobre la íntima constitución de las cosas. Por su arraigo en la tradición escolástica, conoce a fondo este grave problema y, en cierto aspecto, ha tomado postura ante él. Lo más radical de una cosa real es su realidad, el momento «de suyo». Este se nos presenta en doble aspecto: es «meramente rato», concluso, y «meramente existente», aspectos que sólo en cierto modo coinciden con la esencia y existencia clásicas. No creemos que esta postura de Zubiri sea motivo para decir, como se ha dicho, que su libro es erróneo y que se cierra en buena parte a la trascendencia. Sencillamente en éste, como en otros problemas se ha situado en la línea suareciana y ha visto a las *cosas ya constituidas* en su carácter aspectual. La pregunta es sí, con esto, se agota nuestra penetración en ellas o si podemos avanzar un paso más.

57. Para todo este problema, Cf. J. B. Lorz, *Das Urteil und das Sein*. München, 1957.

58. *SE*, 429.

59. *SE*, 431.



«Personalmente —dice Zubiri— no veo que haya nada que fuerce a ir más lejos de lo que hemos obtenido en el análisis inmediato de la limitación trascendental»<sup>60</sup>. Los que sostienen la distinción real apelan, como él ha visto bien, a «una consideración del ente finito respecto de la infinitud de su causa primera». Ciertamente la distinción real se apoya en buena parte en la contingencia de las cosas, que implica relación con el ser necesario. Ver las cosas en esta dimensión pudiera parecer que es, no enfrentarse directamente con ellas, sino verlas desde una instancia externa. Pero es que la causalidad de Dios es constitutiva de las cosas, y al penetrar en éstas nos vemos obligados a contar con aquella. Por eso si la *cosa ya constituida* se nos ofrece en dos aspectos, distinguibles sólo por nuestro conocimiento, la *cosa en su constitución* se nos ofrece como comunicación de dos principios constitutivos realmente distintos. Parece, pues, que las dos viejas posiciones de la filosofía tradicional, más que consideraciones hostiles y exclusivas, han de ser consideradas como complementarias. Así lo apuntan algunos pensadores en los últimos años<sup>61</sup>.

## 6. MAS ALLA DE LA ESENCIA

El libro de Zubiri no está «ultimado». El mismo, en distintos momentos de su elaboración metafísica mundanal, se siente remitido a una realidad trans-mundana. Pero, permaneciendo fiel a su proyecto de hacer una filosofía intra-mundana, se retrotrae a la realidad del mundo para encontrar sus últimas estructuras. «Sólo después se podrá ascender a la causa primera del mundo y se 'ultimarán' en el sentido más riguroso del vocablo, esto es readicalizará últimamente por intrínseca y rigurosa necesidad la estructura metafísica de lo real en tanto que creado».

Aunque no esté tratado temáticamente el problema de Dios se remite con frecuencia a él y en algunos momentos se atisba el camino de la solución. Ya en *Naturaleza, Historia, Dios*, al tratar el problema de la religación humana, Zubiri se siente abocado al ser de Dios, que «no se identifica en manera alguna con el ser de la metafísica... Dios está allende el ser... Cuando se ha dicho de Dios que es el *ipsum esse subsistens*, se ha dicho de El, tal vez, lo más que podemos decir entendiéndolo lo que decimos, pero no hemos tocado a Dios en su ultimidad divina»<sup>62</sup>. Con brevedad, pero con gran agudeza, deja entrever Zubiri en *Sobre la esencia*

60. *SE*, 472.

61. Para este problema el reciente libro de Lotz, *Ontología* (1963), 203-22; «Die Unterscheidung von Wesenheit und Sein», en *Der Beständige Aufbruch*. Festschr. für E. Przywara (Nürnberg, 1959), 161-171; E. CORETH, o. c., pp. 213 ss.

62. *NHD*, 329.

algunos resultados del antiguo planteamiento. «Dios es realidad esencialmente existente, por tanto, irrespectiva, extramundana. Por esto, de Dios no se puede decir propiamente que «es», no es *ὄν* sino que así como su realidad es extramundana, así también está allende el ser. Es el «supra-ser»: *πρὸ-ὄν* lo llamaban con toda exactitud los primeros teólogos neoplatonizantes»<sup>63</sup>. «Todas las cosas son reales, pero ninguna sino Dios es 'la' realidad»<sup>64</sup>.

Zubiri ha visto la realidad de Dios en su soberano distanciamiento. Fácilmente se advierte la presencia en él del neoplatonismo cristiano, que sitúa a Dios fuera del ser, y del sentido de misteriosa trascendencia, que afecta de modo singular al pensamiento actual, cuando se enfrenta con Dios. Indudablemente, Dios está más allá del mundo y su realidad más íntima se nos escapa. Pero si acentuamos que ésta es *toto caelo* distinta de la nuestra, corremos el riesgo de que la analogía del ser y del conocer se nos escape de entre las manos. Esto no tendría importancia, si no fuera porque la realidad mundana, como efecto libre de Dios, le está exigiendo, en cuanto tiene con respecto a él una semejanza desemejante, en cuanto nos le vela y revela al tiempo. Zubiri es bien consciente de ello. «La posible analogía o unidad ontológica entre Dios y las cosas tiene un sentido totalmente distinto de la unidad del ser dentro de la ontología extradivina. A lo sumo, podría hablarse de una supra-analogía. No sabemos, *por lo pronto*, si Dios es ente, y si lo es, no sabemos en qué medida. O mejor: *sabemos* que hay Dios, pero no lo *conocemos*: tal es el problema teológico»<sup>65</sup>. Así está Zubiri abierto al problema de Dios, en camino hacia la Realidad. Esperamos todavía que penetre más en ella, pues es la «verdadera ultimidad» de la realidad y del pensamiento.

Zubiri ha empezado a investigar la esencia, se ha detenido en sus repliegues íntimos y se ve lanzado más allá de ella. La realidad vista en su ultimidad, presenta tal concesión, que no se puede tratar un problema aislado de metafísica, sin verse comprometido ante su entera problemática. Gracias a ello, nos ha dado una meditación de filosofía primera, pensada y escrita en español, que, como se ha dicho alguna vez, emula y empalma con la mejor metafísica de nuestro Siglo de Oro. Pero al propio tiempo, cargado con la viva tradición del pasado, Zubiri introduce el pensamiento español en la empresa más ardua del pensamiento actual europeo. En lo que nuestra escasa perspectiva histórica nos permite alcanzar, parece que estamos entrando en una etapa metafísica de largo alcance, en la cual la filosofía se enfrentará con renovado esfuerzo a los

63. *SE*, 434.

64. *SE*, 467.

65. *NHD*, 329.

interrogantes últimos del hombre y del ser. En este crucial amanecer, Zubiri ha dado su madura respuesta, llena de esperanzas.

Ahora comprendemos y admiramos más su actitud y su empresa filosóficas. Al entregarnos el fruto de su larga meditación le hemos vuelto a ver en estrecho contacto con los hombres y con el mundo, preocupado de ellos y por ellos. Es que «la soledad de la existencia humana, no significa romper amarras con el universo y convertirse en un eremita intelectual o metafísico. La soledad de la existencia humana consiste en un sentirse solo, y, por ello, enfrentarse y encontrarse con el universo entero»<sup>69</sup>. La sonora y fecunda soledad de Xabier Zubiri se ha hecho encuentro. Encuentro con la *filosofía primera*, con las interrogantes y respuestas últimas de la existencia. Encuentro también ejemplar, alentador, con todos los que le esperábamos para escucharle o para acompañarle en las luchas del pensamiento.

---

66. *NHD*, 224-5.